

CAPITULO XXIX.

Cómo el general Hernando Cortés acordó de proseguir en los combates de la cibdad por su parte, é lo mesmo haçia el comendador Pedro de Alvarado por la suya é los otros capitanes; é cómo se ganó el mercado, plaça principal de Temistitan; é cómo en otro dia, prosiguiéndose el combatimiento, se ganó otro barrio; é de otras cosas notables é conuinientes al discurso de la historia.

Parésceme á mí, que assi como Marco Tullio Çiceron decía al pueblo romano, despues del castigo de la conjuración de Cathilina: «Por estas cosas grandes ¡oh romanos! yo no pido de vosotros algun premio de virtud, ni alguna enseña de honor, ó algun monumento de loor, excepto vuestra perpétua memoria de aquesta jornada. Yo en vuestros ánimos quiero que sean mis triumphos puestos: todos los ornamentos de honra, todos los monumentos de gloria, todas las insignias de alabança sean para mí en vuestros ánimos colocadas, porque ninguna cosa que muda sea, ninguna que calle, ni cosa de tal suerte que los indignos puedan conseguir, os demando. De la memoria vuestra ¡oh romanos! de la memoria vuestra sean mis cosas nodridas: crescerán por las palabras, é turarán por las historias, tomando siempre una mayor fuerça, etc. 1» Assi este invicto capitan lo debe pedir á toda la nacion de España por sus grandes fechos en esta empresa obrados, é acabados é perfeccionados é concluydos por muy señaladas batallas é victorias que ovo en favor de la fée é república, é cresçimiento de la religion chripstiana, en servicio de su Rey é corona é çeptro real de Castilla, en ampliamento de la honra de su patria é memoria de su proprio linage de los Corteses, y en sublimación y ensalçamiento de su mesma persona, é ornamento destas historias. Y assi deben estar escriptas, no tan solamente por muchos

auctores é veros historiales. Ni solamente esculpidas en marmóleas columnas, como los antiguos antes del diluvio escribieron los estudios y çiençias de las antiguas artes, porque no se perdiessse la memoria dellas, como lo escribe Josepho 2; mas es muy justa cosa que en la memoria de los que viven estén escriptas las haçañas é fechos memorables de Hernando Cortés, é aquellos las enseñen á sus hijos, é aquellos á los que proçedieren dellos, é de una edad á otra é de tiempo en tiempo siempre estén acordadas é perpetuadas en la mente de los humanos, allende de lo que puede estar ó quedar escripto por mí ó por otro más competente historiador; porque son cosas raras é peregrinas, é no tienen semejança ni comparación con exército ni çerco alguno de aquellos que por muy famosos están escriptos de los passados, considerando las calidades é assiento é gente de Temistitan.

Ya se sabe que en Sagunto, quando la destruyó Anibal, los que estaban çercados tomaron su oro é plata é joyas, é fecha una hoguera en la plaça, lo quemaron, é algunos se echaron con ello en el fuego, como más largamente lo escriben Tito Livio é Plutarco 3 é otros famosos historiales: ni aquel osado morir de los numantinos, quando Scipion Africano destruyó aquella cibdad, la qual debaxo del yugo á muchos romanos avia fecho passar 4. Y en aquella suma de historias acumuladas

sculpsit, etc.

3 Tito Livio, lib. V, cap. 43, década III.

4 Vegecio, lib. I, cap. 43.

1 Salustio, *De bello Cathilinario*.

2 Qui timebant futurum periculum diluvii et ignis, Jom Tabaleaim easdem artes in duabus columnis

por Leonardo Aretino, historiographo, el qual tractado se intitula el *Águila Volante* 1, dice que la neçessidad é hambre de los çercados fué tal; quel padre comió el hijo, é la madre la hija, y el marido la muger; pero en este çerco de Temistitan, en esso del comer carne humana, otras cosas de más espanto avemos tractado hasta aqui; é cada dia y en muchas partes destas Indias se ha guardado essa ferocissima, cruel é desapiadada costumbre, segund el letor puede colegir destas historias. Túvose por abominable juramento é confederación ó seguridad para la secreta conjuración de Cathilina, mezclar en el vino que dió á sus consortes á beber sangre humana 2; y entre los indios de la Nueva España, y en muchas partes de la Tierra-Firme, no con vino ni otra cosa mezclada, sino por un suavissimo cordial é goloso brevage, sola ella, la beben de sus enemigos, é aun de los amigos é naturales, en sus sacrificios execrables é malditos.

No curemos de hablar ni tener en tanto aquel çerco famoso troyano, quando Agamenon é los griegos destruyeron aquella poderosa cibdad, porque fué un çerco grande é de mucho tiempo é años, é no todos los que hablan en esa historia son de un acuerdo 3. Josefo ó Josippo, sacerdote de los de Hierusalem, hijo de Mathatia, escribió en griego dos libros contra Appion, gramático alexandrino, y en el prohemio de su tractado dice: «Sepan los griegos que tarde y escasamente pudieron conosçer la natura de las letras, ca el muy antiguo uso dellas se cree aver los griegos alcançado de los fénices, é han por gloria que las aprendieron de Cadmo; mas aun ninguno podria mostrar algo de aquel tiempo por escripto, ni en los templos ni en los públicos anathe-

mas (quando ovieron de militar contra los troyanos, y en los negocios de la guerra se detuvieron tantos años). Despues tovieron grand quistion é contienda si se aprovecharian de sus letras, é la verdad más pudo alcançar quel uso de las letras modernas aun estonçes no le fué conosçido. É aquesto consta, porque entre los griegos ninguna escriptura poética absolutamente se halla más vieja que la de Homero, y él es manifesto aver seydo despues de las guerras de Troya. Ni aqueste dexó su poema en letras; mas fué la memoria dello guardada en cánticos, é despues fué compuesto. Y por aqueste he visto mucha disonançia en aquel poema.» Todo esto es del auctor alegado.

Ni se debe creer que Pauphis, isla de Egipto, que agora se llama Danmiata (y está en la boca del Nilo) oviesse hallado la invención del papel, pues que estonçes (digo quando lo ques dicho de Troya) no avia letras 4. No es menester tampoco traer á comparación del çerco de Temistitan la destruyçion de Cartago é vençimiento de Anibal; ni aquellas duras é serviles condiciones en que puso Scipion Africano aquellas gentes, con mucho número de muertos é prissioneros, pues que Plutarco é Tito Livio lo escriben 5. Tornemos á nuestra labor é historia presente, que no es inferior de ninguna de las que he tocado de susso, ni de todas las que se callan ó se podrian decir que escriptas sean; pues que aqui, demás de la verdadera relación é grandeça de tal empresa, no hay menos, sino mucho más de que se maravillen los hombres.

Otro dia siguiente, despues de la victoria, de que se tractó en el capítulo antes deste, fué dia del apóstol Sanctiago, y el general Hernando Cortés entró en la cib-

1 Cap. 93.

2 Salustio, *De bello Cathilinario*.

3 *De bello Graecorum contra Troyanos*. Dares

frigio, é Dictis cretense.

4 El *Aguila Volante*, lib. I, cap. 33.

5 Decada III, lib. X, cap. 34 é dende adelante.

dad por la órden acostumbrada, é siguió la calle grande, que yba á dar al mercado: é ganóse una calle muy ancha de agua, en que los cercados pensaban que tenían mucha seguridad, aunque fué bien defendida é se tardó en el combate, é fué peligrosa de ganar; é cómo era muy ancha, en todo lo restante de aquel dia no se pudo acabar de çegar, para que los de á caballo pudiesen passar de la otra parte. É cómo todos los nuestros estaban á pié, é los indios vian que los caballos no avian passado, vinieron de refresco mucha cantidad dellos muy lucidos; é cómo se les hiço rostro é de nuestra parte avia muchos ballesteros, dieron la vuelta á sus albarradas é fuerças; pero no sin llevar muchas saetas atravessadas por sus personas mal heridos. Demás de lo qual ya todos los otros españoles de pié llevaban picas luengas, quel general avia fecho haçer, despues que le desbarataron, y esto fué cosa muy provechosa é nueva á los indios cercados. Aquel dia por los lados de la una é de la otra parte de aquella calle principal no se entendió sino en quemar é allanar casas, y era una grand lástima á los españoles verlo, de pura é humana compasibilidad, é mucho regoçijo é plaçer para los indios confederados; é cómo convenia que assi se hiciesse, proçedióse en tal ruyna, arrasando é poniendo por el suelo muy hermosos edeficios: los de la cibdad, lastimados con tal vista é tanto estrago, decían á los indios confederados estas palabras: « Daos prissa, é no hagays sino quemar é destruyr nuestras casas: que nosotros os las haremos tornar á haçer de nuevo todas essas labores, é vosotros lo avés de pagar; porque si somos vencedores, ya sabés que ha de ser assi, é si vençen los chripstianos, las avés de haçer para ellos. » En esto postrero açertaban más en su adivinar, aunque los indios las oviessen de haçer, pues que los mesmos cercados

las tornaron á reedificar, ó los que dellos no murieron.

Otro dia adelante por la mañana entraron los nuestros, como lo acostumbraban en su órden, é llegados á la calle del agua que avian començado á çegar el dia antes, halláronla como avia quedado; é passaron adelante dos tiros de ballesta, é ganáronse dos açequias grandes de agua que tenían los contrarios rompidas en lo sano de la calle mesma: é llegaron á una torre pequeña de aquellos ydolos dessa gente, é hallaron allí, como trofeos, colgadas çiertas cabeças de los chripstianos que les avian muerto, lo qual no fué poco dolor para los españoles verlo. Desde aquella torre yba la calle derecha (que era la mesma, en que los nuestros estaban) á dar á la calçada del real del alguaçil mayor Gonçalo de Sandoval, é á la mano izquierda yba otra calle á dar en el mercado, en la qual ya no avia agua alguna, exçepto una que se les defendia; é aquel dia no passaron de allí, aunque pelearon mucho con los enemigos, é recogieron los españoles al real sin peligro, é no con las reqüestast que solian ser seguidos.

Adelante otro dia, estando aderescando é armándose los nuestros para entrar en la cibdad, á las nueve horas del dia, vieron desde el real que salia mucho humo de dos torres muy altas que estaban en el catebulco, alias tiangüitez, ó mercado de la cibdad, é no podian pensar qué cosa fuessen; é cómo pareçia más que sahumeros que acostumbran haçer los indios á sus ydolos, sospechóse que la gente del real del comendador Alvarado avrian allegado allí; é aunque assi era la verdad, no lo podia creer el general é los que en su real estaban. É çierto aquel dia el comendador Alvarado hiço su ofiçio de prudente capitan é de muy valiente caballero, é á los que con él estaban no les quedó cosa por haçer que á denodados milites y esforçados soldados se pueda loar:

é avia muchas puentes por ganar é albarradas háçia la parte del general; pero cómo el capitan Alvarado vido que por la parte de Hernando Cortés yban estrechando á los enemigos, trabaxó todo lo que le fué posible por entrarles el mercado, porque allí tenían puesto todo el caudal de su esperança é fuerça é resistencia; pero no pudo más de llegar á vista dél, é ganarles algunas torres é otras muchas que están junto al mesmo mercado, ques tanto quassi como el çircuyto de las muchas torres de la cibdad: é los de caballo se vieron en harto trabaxo, é les fué forçado retraerse; é al retraer, les hirieron tres caballos. É assi se volvieron Pedro de Alvarado é su gente á su real. Los del campo del general no quisieron aquel dia ganar una puente é calle de agua, que quedaba no más para llegar al mercado, salvo allanar é çegar todos los malos pasos; é al retraerse, acometieron reçiamente los enemigos, pero fué con daño é muerte de algunos dellos mesmos.

Otro dia, luego en amanesciendo, entró el general con su gente é órden, como lo acostumbraba, á combatir la cibdad, é cómo no avia por ganar hasta llegar al mercado sino una traviessa de agua con su albarrada, que estaba junto á la torreçilla ques dicho, començáronla á combatir; é un alferéz é otros dos ó tres españoles echáronse al agua, é los de la cibdad desampararon luego el passo, é començóse á çegar é aderescar para que los de caballo pudiesen passar. Y estándose aderescando, llegó el comendador Pedro de Alvarado por la mesma calle con quatro de caballo, é fué sin comparaçion el plaçer que ovieron la gente de su real y el general é los suyos con verse allí, porque era camino breve para darse conclusion en la guerra en que estaban: é Pedro de Alvarado dexaba recabdo de gen-

te á sus espaldas é lados, assi para conservar lo que avia ganado, como para su defensa. É cómo luego se aderescó aquel passo, el general con algunos de caballo se fué á ver el mercado, é mandó á su gente que no passasse adelante de aquel passo; é despues que andovieron passeándose por la plaça lo que les plugo, mirando los portales della, los quales por las açoteas ó terrados estaban llenos de los enemigos, que cómo era muy grande la plaça é vian andar por ella los de caballo, no osaban llegar. Y estonçes el general subió en aquella torre grande que está junto al mercado; y en ella tambien y en otras hallaron ofresçidas é puestas delante de los ydolos las cabeças de los chripstianos que les avian muerto, é de los indios de Tascalteca, sus amigos, entre los quales siempre de mucho tiempo acá ha avido antigua é cruel enemistad. É desde aquella torre vido el general lo que estaba ganado de la cibdad, que era de ocho partes las siete, é consideró que tanta gente de los enemigos no era posible sofrirse en tanta angostura, mayormente que las casas que les quedaban eran pequeñas, é cada una sobre sí en el agua. Demás desto la hambre era grandissima, é por las calles hallaban roydas las rayçes é corteças de los árboles; é de compasion dellos dexó de los combatir por algun dia, con pensamiento de moverles algun partido para que no muriesse tanta moltitud de gente, de quien avia mucha lástima; é aun porque le quadra- ba á su condiçion aquel dicho, que atribuye Salustio á Cathelina, en una oraçion que diçe « que vengarse de los viles hombres, no puede ser loor alguno á las personas ilustres. » É aunque allí en Temistitan estaban con el señor de la cibdad particulares é principales señores é animosos varones, eran ya muy pocos al

1 Salustio, *De bello Cathilinario*.